

H. CONSCIENCE.

LA HUERFANA.

(Traducción de F. E. Alatorre).

BIBLIOTECA DE "EL REGIONAL".

GUADALAJARA.

Tip. de "El Regional" Alhóndiga y D. Juan Manuel.

1908.

A la Sra. Dña. D.ª
Felisa Novasrubias.
— de verdadero afecto
de invariable amistad
—
Fidelidad
de recuerdo
de

El Traductor

Mayo 1909



La Huérfana.

I

Un día de primavera de 1589, en el momento en que las huérfanas salían de su asilo, situado en la calle del Hospital, para ir á pasear conducidas por su Directora, muchas de ellas, levantando la cabeza y fijando sus ojos en la ventana de una casa vecina, mutuamente se mostraron una dama ricamente vestida que, á su vez, las miraba á través de la vidriera.

—Toma!—dijo una,—allí está la rica señora que ha venido á vivir en la casa contigua á nuestro Asilo.

—Yo sé cómo se llama,—dijo otra:—es la condesa de Almata, que ha llegado de España.

—¿Y por quién lo has sabido?—preguntó una tercera.

—Lo he oído á la Madre decírselo á Sor Mónica. Por otra parte, la señora no es española; miradla bien: tiene los ojos azules y los cabellos rubios; es una señorita de Ambéres, casada con un rico español.

—Vamos; ya tenemos á Teresa inventando otra vez historias,—dijo sonriendo con ironía una de las jóvenes.

—Preguntadlo á Houten Clara, que también lo sabe... Eh!... pst!... Houten Clara!... Houten Clara!.....

Al oír este nombre la Madre Directora volvió

la cabeza y advirtió que algunas de las huérfanas miraban hacia las ventanas de la casa vecina, precisamente en el momento en que trataba de hacer guardar el orden á otras de las jóvenes. Con una mirada severa hizo que cesara el desorden de aquéllas; tomó luego de la mano con particular afecto á una de las niñas, y poniéndose en marcha con su protegida, dió la señal de partida.

—¡Siempre Houten Clara!—murmuró Teresa.—Se diría que es de azúcar..... ¡con tal que no vaya á deshacerse la pobrecilla!..... Eh! Ana!..... mírala qué orgullosa y qué tiesa va de la mano de la Directora..... ¡y qué bien ha sabido hacerse querer, la adúlona!

—¡Callaos!—exclamó otra de las jóvenes.—Houten Clara sabe ahora un cántico nuevo muy bonito, que nos cantará á la siesta, acompañándose del clavicordio..... Daría dos dedos de mi mano izquierda, por tocar ese instrumento como ella lo toca.....

—Sí, sí, todo eso es bueno para dicho..... Pero, ¿por qué es ella la niña consentida?..... Y además, ¿por qué es tan soberbia?.....

—¿Soberbia, dices? Pero, Teresa, ¡si es la dulzura y la bondad misma!.....

En tanto que las huérfanas seguían lentamente por la calle del Hospital, la dama de que hemos hablado permanecía en la ventana, dirigiendo hacia la calle una mirada vaga y soñadora. Todo en ella revelaba una profunda tristeza, tanto la palidez trasparente de sus mejillas y la mirada incierta de sus ojos azules, como la tentitud dolorosa y casi enfermiza de sus movimientos. Esta mujer, que parecía haber pasado ya de los treinta años, era, á pesar de su edad, de una sorprendente hermosura.

Hacía cerca de un cuarto de hora que estaba sentada, inmóvil, junto á la ventana, cuando una puerta se abrió suavemente, y un hombre asomó la cabeza como para observar lo que pa-

saba en la habitación. Como la dama no se movió, el hombre entró allí sin hacer ruido, pero sin tratar de ocultar su presencia. Fué hacia la dama, y, por encima de su hombro, miró con curiosidad á través de los cristales. Satisfecho de no haber notado nada en la calle, se sentó en un sillón á pocos pasos de la dama.

—¿Aun estáis triste, Catalina? ¿Me engañáis, pues, al repetirme sin cesar que el aire de los Países Bajos os es saludable? Hace ya quince días que estamos en vuestra ciudad natal, y lejos de que esta residencia os cause alegría, la dulce sonrisa que animaba vuestro semblante, tan consoladora para mí, ha desaparecido. Siento vivamente haber prestado oídos con tanta facilidad á vuestras súplicas; porque sin duda alguna el ardiente sol de España es más favorable á la salud y más grato de contemplar, que esta fría y brumosa atmósfera que pesa aquí como una capa de plomo. En verdad, Catalina, era necesario que mi amor para vos fuera muy grande, para decidirme á emprender un viaje tan peligroso y volver á un país donde he visto perecer tantos parientes y amigos; pero yo esperaba que recompensaríais este sacrificio tatando de volver á la vida, por decirlo así, y de recobrar vuestra alegría. Mas ¡ay! parecéis ahora más insensible que nunca, y exceptuando las visitas que hemos hecho á los miembros de vuestra familia, aun no habeis consentido en dejar esta habitación.

Estas palabras fueron dirigidas á la noble dama con un tono extraño é interrogativo. Bajó ella los ojos y permaneció callada, como si la confusión la hubiera quitado la palabra.

Su marido repuso con una calma afectada:

—Sí, señora: aun no habeis querido salir de esta casa. Ayer mismo por la tarde, mientras que yo fuí á pagar una visita, no quisísteis salir con vuestra dueña..... sino sola, ¿no es verdad?

—¡Calixto!—dijo la noble dama suspiran-

do:—¿Por qué espíais mis menores pasos?.....
 ¿Me preguntáis por qué no renazco á la vida bajo el cielo de los Países Bajos?..... He venido aquí á buscar la libertad, y ¡ay de mí! aquí me ha seguido la esclavitud. No es el aire de este país, no es el sol de Flandes el que puede aliviarme: la libertad es lo que me falta; y si persistís cruelmente en rebusármela; si continuáis, como en España, vigilando á vuestra esposa y rodeándola de espías, no esperéis, señor, que mi estado se mejore. Inútil sería buscar un cielo más benigno: yo languideceré en todas partes donde sea oprimida y esclava...

Mientras que la noble dama respondía en estos términos con un despecho mal contenido, el conde de Almata la miraba fijamente y una sonrisa de duda plegaba sus labios.

—¿La señora,—dijo él,— podrá complacer á su marido diciéndole á dónde fué ayer, al caer de la tarde?.....

—Al mercado, Calixto.

—¿Puedo saber también, Catalina, lo que habéis ido á hacer allí, en ese Establecimiento de tan mezquina apariencia?

—¡Oh, Dios mío! Calixto, con qué tono me interrogáis!

—Muy sencillo sería, Catalina, decirme desde luego lo que deseo saber.

—Y bien, salí para respirar libremente el aire de la tarde; libremente, ¿lo entendéis, Calixto? Al pasar por el mercado, me acordé que una antigua criada de mi padre vivía allí, y he querido ir á verla: ella era quien me llevaba á la escuela cuando yo estaba pequeña. Pero ocho años hace que dejamos los Países Bajos; la antigua criada ha cambiado de domicilio, y hace largo tiempo que ha desaparecido: nadie sabe lo que ha venido á ser de ella. ¿Qué hay, pues, de vituperable en una acción tan sencilla?.....

—Tanto mejor, Catalina. Yo mismo os ayudaré en vuestras investigaciones, si lo queréis. ¿Cómo se llama esa antigua criada?

Un vivo rubor encendió la frente de la condesa, y después de un instante de reflexión, pudo contestar con mal seguro tono de voz:

—Se llama..... Ana la Negra.....

—Ah!—esclamó el conde con incredulidad:—¿se llama Ana la Negra?..... Y como hace tanto tiempo que la habéis conocido, habéis olvidado su apellido, ¿no es verdad?.....

—Calixto,—prorrumpió la noble dama con voz llena de dolor y de indignación:—os prohibo que me habléis así. Si es cierto que vuestro natural celo os inspira desconfianza acerca de vuestra esposa, no os está permitido, señor de Almata, humillar en la persona de su hija la sangre de vuestro antiguo compañero de armas; respetad en mí la noble raza de los Ghysegghem, á quienes sois deudor de la vida.

—Vuestro padre, Juan de Ghysegghem, mi hermano de armas y mi salvador, os confió á mi cuidado. Ya veis que no lo he olvidado, señora. Yo he cumplido fielmente con los sagrados deberes de esposo, y, á pesar de lo que dijéreis, Catalina, quiero descubrir, y descubriré, lo que habéis venido á buscar aquí, y que yo no debo saber, á lo que parece. Confieso con gusto que mi manera de obrar debe pesaros, si no merecéis ningún vituperio; y os declaro con más gusto aún, que os tengo por una mujer honrada y fiel: pero no es menos cierto que yo debo velar sobre vos; el corazón algunas veces se extravía, y quizás allí, en el fondo del impenetrable misterio con que os rodeáis, hay un peligro inminente. Ved que os hablo, á lo menos, con franqueza, porque tengo el derecho por mi parte. Vos, Catalina, no podéis decir otro tanto, porque quien disimula y se oculta, algunas razones debe tener para obrar así.

La condesa pareció arrepentirse de haberse mostrado tan exaltada, y toda su irritación se desvaneció al oír las últimas palabras del conde; aproximándose entonces á él, con el rostro sonriente y las lágrimas en los ojos, le tomó

tiernamente una mano, y le dijo con una voz suplicante:

— Buen Calixto, perdóname; quizás no tengo razón al hablar así. Pero, ¿por qué mostrarme tal desconfianza? ¿Por qué, aun por la cosa más insignificante, hacerme sufrir un interrogatorio, como á un acusado delante de su juez?... ¿Quieres que yo esté alegre y contenta? ¿quieres encontrar en mí una compañera amante y dichosa? Pues bien, deja ya de sospechar de mí, deja ya de espiarme; concédeme la libertad de que gozan las demás mujeres de este país, y verás con qué reconocimiento y ternura te amaré, no solamente como á un esposo querido, sino como á mi bienhechor, como al salvador de mi vida!

— No sé cómo has podido figurarte, Catalina, que vives esclavizada: yo no te espío, no; pero si tengo sospechas, ¿no eres tú quien las has despertado en mí?..... ¿Por qué sales en secreto sin avisármelo? Domingo mi criado te ha visto ayer hablar á una mujer en el umbral de la casa del Mercado, y ha venido á decírmelo; ¿qué más natural?..... Ah! ¡ojalá que yo pueda arrancar de mi corazón toda desconfianza: yo soy el primero en deseárselo!..... Pero, ya sea por la sangre española que corre por mis venas, ó ya por tu conducta dudosa, Catalina, siempre es que no estoy tranquilo, ni podré estarlo mientras tú misma no me hagas la aclaración de un misterio que niegas, pero que existe. Estoy convencido de que eres incapaz de obrar mal, Catalina; pero soy hombre..... de sangre española..... Sé, pues, generosa, y no lo olvides con tanta frecuencia.

— ¡Calixto!..... ¡Calixto!..... ¡si pudieras leer en mi corazón!..... Más bien que faltar al amor y al reconocimiento que te debo, sufriré cien veces el martirio..... Tus sospechas me oprimen el corazón; ten ya piedad de mí!

— No te aflijas, mi pobre Catalina; demos, pues, por terminada esta conversación, y que todo sea olvidado. Adios, querida mía; den-

tro de una media hora vendré para que vayamos á hacer á la señora de Beza la visita que le hemos prometido.

Después de estas palabras, el conde besó afectuosamente la mano de su mujer, y salió de la habitación.

La condesa cayó entonces agobiada sobre un sillón, y llevó ambas manos á su frente. Grandes sufrimientos experimentaba sin duda, porque un temblor febril la agitaba. Pasado un breve momento perlas húmedas y brillantes corrieron por su manos, y penosos suspiros se escaparon de su pecho.

La infortunada mujer tenía sin duda que luchar contra una inevitable fatalidad, porque violentamente se levantó con valor y resolución, y enjugó vivamente las lágrimas que humedecían sus mejillas. Su rostro tomó una expresión sonriente, en la que se reflejó la esperanza; y aproximándose luego á una de las paredes de la habitación, dió tres golpes repetidos con la mano. Inmediatamente se oyó del otro lado el ruido de una silla movida de un lugar á otro, y en seguida los pasos de una persona que quizás había esperado largo tiempo aquella señal. Poco después una mujer de avanzada edad entró con precaución en la recámara, cerrando tras sí la puerta sin hacer ningún ruido. Era la dueña. La condesa fué rápidamente á encontrarla, la tomó de la mano y la llevó silenciosamente junto á la ventana, y allí, con voz baja y casi imperceptible, resplandeciente su semblante par una dulce esperanza, la dijo:

— Y bien, Inés, mi buena Inés, ¿has descubierto por fin algún indicio? ¿Sabes ya lo que ha sido de Ana Canteels?

— Sí, señora, ya sé donde vive.

— ¡Oh, Dios mío, al fin!..... ¡Qué consuelo para mí!..... ¡Qué feliz soy, mi querida Inés!.....

— Y lo seréis aún más, señora, cuando sepáis todo lo que yo he sabido.

—Qué?..... ¿qué dices, Inés?..... Há-la, te lo ru-go.

La dueña puso, sonriendo, un dedo sobre sus labios, y murmuró al oído de su dueña:

—Gracias á Dios, también he sabido donde está *ella*.

Esta palabra *ella*, pronunciada con una voz conmovida y llena de expresión, debía indudablemente tener una significación muy clara para la condesa, porque empezó á temblar, dejando ver en su rostro una sonrisa de enajenamiento, aunque visiblemente se esforzaba en ocultar su emoción.

—Ella?..... ella?.....—preguntó desfallecida.

—Sí, señora, ella vive, ella está á pocos pasos de aquí.

—¡Ah, cuánto me haces sufrir, Inés! Explicáte, pues; no sé cómo creer en una felicidad tan inesperada.

—No lo dudéis, señora; es lo rep'ito: aquella que buscamos,—no la anciana, sino la otra,—no está lejos de aquí.

Una viva emoción se apoderó de la condesa, á esta confirmación positiva de lo que apenas se atrevía á esperar; la palidez y un rojo encendido se sucedían en sus mejillas; sintió que las fuerzas parecían abandonarla, y se apoyó contra el pilar de mármol de la chimenea. Después dijo con una voz débil y casi suplicante:

—¿En dónde en dónde está?..... Ah! sostenme, mi buena Inés; me parece que voy á desfallecer..... Pero no; ya ha pasado, ya estoy bien..... Dí, habla pronto: ¿en dónde está *ella*?

—Un sólo instante esperad á sentir os bien, señora..... La alegría que os causa esta noticia, os conmueve demasiado; tal vez no soportaríais lo que aun tengo que deciros.

—Mírame bien, y no seas cruel..... Tiemblo, es verdad, pero la fuerza no me falta. Vamos: ¿qué quieres decir? ¿es mi conde-

nación lo que voy á oír de tu boca, y no la felicidad que parece prometerme?

—¡Ah, pobre señora, cómo os engañais!..... Volved en vos, estad tranquila, todo voy á deciros.

La dueña se aproximó á la pared opuesta, y haciendo señas á la condesa como para llamar la atención sobre un ruido casi imperceptible, dijo con acento misterioso:

—Señora, las huérfanas de la casa vecina acaban de volver de su paseo. ¿No oís sus voces resonar en el patio del que esta pared nos separa?

—Sí, Inés, todos los días las oigo..... Pero ¿qué quieres decir?.....

—*Ella* está allí, entre esas huérfanas, y acaso su voz llega en este momento á vuestros oídos.

—¡Oh, Dios mío! ¿es posible?—esclamó la condesa elevando imprudentemente la voz.

—¡Ella está allí..... tan cerca de mí!.....

Y como impelida por un arranque irresistible, corrió á la pared y apoyó su frente, en tanto que una inefable expresión de felicidad y una febril atención se retrataban en su rostro. Así permaneció largo rato, sonriendo y escuchando, hasta que su inmovilidad llegó á calmar la efervescencia de su sangre y la febril agitación de sus nervios. Después de un instante, callaron todas aquellas voces: sin duda las huérfanas habían dejado el patio para entrar á las salas de trabajo.

La condesa, radiante de alegría, volvió al lado de la dueña, y sentándose junto á ella, le dijo conteniendo la voz:

—Cuéntan e ya, querida Inés, cómo has podido traerme tanta felicidad..... Dime cómo te ha dirigido Dios en tus investigaciones..... ¿Estás bien segura de que no te has engañado?..... Oh! me moriría si así fuera!.....

—Escuchadme, pues, señora. El tiempo es precioso; porque Domingo me ha dicho, á mi vuelta, que dentro de un momento saldréis con el señor conde.

—Domingo ha dicho la verdad..... Date prisa en hablar.

—Y bien, ya no sabía hoy á dónde ir, ni á quién hablar. Y esto no es admirable, señora, porque hace quince días que estoy buscando inútilmente. Ya iba á volver sin tener ningunas noticias que comunicaros, cuando una mujer ya anciana, que antes de vuestro matrimonio trabajaba con frecuencia en casa del conde de Almata, me detuvo en la calle y me preguntó por vos. Sin duda la conocéis, señora, porque esta mujer trabajaba también en la casa de vuestro padre.

—¿Es acaso Teresa Costerlings?.....

—La misma, señora. De uno en otro asunto, llevé la conversación sobre Ana Canteels, y por Teresa supe, que apenas aquélla había vuelto de su viaje, se casó con un soldado, y que hoy vive en el cuarto de una casa de la calle del Convento. Llena de alegría me dirigí al cuartel español, y allí descubrí, no sin pena, la habitación de Ana Canteels. ¡Oh, señora!... la pobre mujer está, que da lástima verla: anquilada, flaca como un esqueleto, cubierta de andrajos; dudé en creer que era ella la que estaba allí..... Sin embargo, el corazón de la desgraciada debe ser bueno aún, porque desde el momento que le hablé de vos, empezó á llorar amargamente, pidiendo perdón. Supo entonces que durante algunos años, *ella* había sido cuidada y educada por un paisano, á quien se retribuyeron sus trabajos con el dinero que habíais dejado á Ana. Más tarde, ésta trabó relaciones con algunos militares, que la han arrastrado á una mala vida. Casó después con uno, probablemente de los peores, puesto que él, á fuerza de golpes y malos tratamientos, la arrancó todo el dinero que le había sido confiado; sin embargo, Ana no le abandonó aquella suma sino bajo la condición de que la suerte de *ella* quedara asegurada. Muy largo sería contaros la historia del soldado asesinado y de la aldea incendiada, que han inventado para ha-

cer que á *ella* la recibieran en la casa de las huérfanas con la recomendación de las más ricas personas de esta ciudad: bastante os he dicho esta noche..... Así, *ella* se encuentra muy cerca de aquí, en la casa de las huérfanas y se le ha dado entre éstas el sobrenombre de Houten Clara.....

—¡Houten Clara!.....(1) ¡un apodo insultante!..... ¡á ella, Dios mío!..... ¿A caso será allí maltratada?.....

—Oh! no, señora. Se la llama así, porque tiene la costumbre de mantenerse grave y derecha. Parece que cada huérfana recibe de sus compañeras un sobrenombre, y tal vez *Houten Clara* es uno de los menos desfavorables..... Pero dejadme continuar, porque ya oigo ruido allá abajo..... ¡Cómo fatiga hablar tan quedo!..... ¡casi estoy sofocada!..... Cuando Ana Canteels, deshecha en llanto, me hablaba de aquella manera, hé aquí que la puerta se abrió repentinamente, y un horrible soldado de largos bigotes y aspecto feroz, penetró en la habitación, vacilando sobre sus piernas. El miserable me miró con aire desconfiado, y se encendió en cólera al percibir las lágrimas que corrían por las mejillas de su mujer: la arrancó brutalmente de su silla, la arrastró á un rincón del cuarto, y allí, entre juramentos y blasfemias, le preguntó la causa de mi presencia. La pobre Ana resistió un instante; pero obligada por crueles tratamientos, le dijo todo. Furioso entonces el soldado, habló de recompensa y de dinero, hasta que le dí todo el que yo llevaba: le he prometido darle algo todas las semanas, y ahora está enteramente calmado.... Ah! escuchad, señora: el conde sube la escalera; felizmente ya estáis dispuesta á salir.

En efecto, el conde entró, sonriendo, y esperó algunos instantes al lado de las vidrieras del

(1) Houten, derivado de hout, palo. Por consiguiente, el nombre de Houten Clara, es lo mismo que decir: Clara de palo, es decir, tiesa, etc., etc.

balcón, que su esposa concluyera de arreglar-se. Notó entonces con una feliz sorpresa, que la luz de una nueva vida radiaba en los ojos de la condesa, y que estos ojos se fijaban en los suyos con una expresión afectuosa. Creyó él ver un sentimiento de gratitud por la manera con que acababa de conducirse con ella, y se regocijó de un cambio tan feliz. Cuando su esposa terminó, le ofreció la mano, y ambos salieron con objeto de hacer la visita á la señora de Beza.

II.

Al día siguiente la condesa de Almata despertó más temprano que de costumbre. No se había levantado aún la dueña, cuando ya la noble dama había dejado su lecho y comenzaba á vestirse por sí misma para salir. Fácil era conocer en la sonrisa que entreabría sus labios y en la precipitación de su movimientos, que una alegre impaciencia la incitaba á obrar de tal manera.

Cuando la dueña entró al aposento de la condesa, ésta había concluído ya de vestirse. La antigua servidora creyó ver en esto un reproche á su pereza, y con mudo despecho se puso á arreglar la habitación; pero la condesa se volvió hacia ella, y le dijo chanceándose:

—Vamos, Inés, querida mía, no estés enfadada: la alegría me ha arrojado del lecho. Ayer trabajaste tanto en bien mío, que, por recompensa á tu zelo, no he querido despertarte.

Y se aproximó misteriosamente á la dueña, que ya se había consolado, la tomó de la mano, y llevándola á un rincón de la recámara, la dijo conteniendo la voz, pero dejando ver en su semblante la felicidad que la embriagaba:

—¡Inés, al fin voy á verla!..... Ya es necesario que la vea..... ¡Oh, cómo late mi corazón! Me parece que una nueva vida circula por mis venas..... Vamos, ayúdame, que no

sé lo que hago..... ¡estoy tan ansiosa!..... ¡me siento tan feliz!.....

—¿Y el conde de Almata, señora?—dijo la dueña con inquietud.—¿No se encolerizará si dejáis vuestra casa sin su consentimiento y á pesar de su prohibición?

—Lo sabe ya, Inés: él me lo ha permitido.

—¿De veras? ¿Estáis segura, señora, de que os haya sido dado este permiso sin ninguna mala intención?

—Perfectamente segura; créemelo, ayer estuve conmigo bondadoso; confiado y tierno como nunca: mas no comprendo todavía este cambio tan repentino.

—Yo sí lo comprendo bien, señora. El conde os tiene un extremado cariño..... Ocho años hace que vos languidecéis y no correspondéis á todos sus testimonios de simpatía, mas que con una invencible tristeza. Ayer, cuando os traje la buena nueva, la vida resplandeció en vuestros ojos, vuestras mejillas se cubrieron con el fresco color de la rosa, vuestra voz se hizo dulce y vibrante; sí, señora, estabais bella, con una hermosura irresistible: ¿á quién no habríais seducido? El conde, que os ama, que en el mundo os quiere más que á todo, se ha dejado dominar por tantos encantos..... Y después de esto, señora, ¿no le habéis hablado con más cariño, con más ternura que de ordinario?

—¡Qué bien lees en el fondo de los corazones, querida mía!..... Sí, es cierto: después de quince días de desesperación y de lágrimas, me siento de tal manera dichosa, que todo lo que decía se escapaba de mis labios con una dulce vivacidad, con un acento de penetrante simpatía: el conde se hallaba en el colmo de la felicidad. Así, cuando en medio de nuestras dulces conversaciones le dí á conocer el deseo de visitar la casa de las huérfanas, bajo el pretexto de buscar allí telas y encajes, me abrazó con efusión y me dijo:—«Vé, mi muy amada Catalina; toda desconfianza ha desaparecido;